

## EXAMEN DE CONCIENCIA

# EL MEDICO DE SI MISMO

ESTOS últimos días, como cualquier hijo de vecino, he pasado por uno de esos estados más o menos griposos tan propios de la época. Poco cosa, en definitiva y afortunadamente. No siento la menor simpatía por las enfermedades, y aunque mi complejión física dista mucho de ser sólida y envidiable, voy tirando con bastante suerte. Por eso mismo quizá tengo un gran respeto, casi una absoluta reverencia, por la Medicina y sus sacerdotes.

Considero que la técnica de curar las dolencias del cuerpo es una de las creaciones humanas más insignes: infinitamente más que la Metafísica, la Literatura o el Arte. Supongo que, en el fondo, esto es lo que pensamos todos, incluidos los filósofos, los escritores y los artistas de toda laya. Claro está que a nadie se le ocultan las limitaciones de aquella noble actividad, y nunca las limitaciones del hombre llegan a parecernos tan trágicas como cuando se revelan en el campo de la terapéutica: es la forma de impotencia que más nos agobia y entristece porque es la irremediable impotencia ante la muerte. Sin embargo, los progresos realizados en el ramo son cada día mayores. Por otra parte, en cuanto al propósito, siempre resulta válido lo que el señor Maragall decía a Pijoan: «Muy poco se sabe de medicina, pero lo poco que se sabe lo saben los médicos.» El poeta era un ciudadano de apreciable ecuanimidad, y, su punto de vista, digno de ser compartido.

Ocurre, no obstante, que a veces uno se siente aquejado por una incomodidad tan leve, que se avergüenza de llamar al facultativo y trata de salir del paso por sus propios medios. Un resfriado como el mío, una tolerable indisposición gástrica, cualquier jaqueca no demasiado pertinaz, resultan sin duda enojosos: con todo, uno no se atreve a concederles excesiva importancia. De un lado, sobre nosotros pesa la antiquísima convicción de que la naturaleza es tan sabia como bondadosa, y que en último término todo se arreglará dejando que siga su curso espontáneo y «natural». Pero, al mismo tiempo, otra inercia multiseccular se ceba en nuestro ánimo y nos inclina a optar por unos recursos curativos que bien pudiéramos calificar de «privados». Me refiero a la tradición de la medicina casera. Esta es una rama del folklore indiscutiblemente frondosa y viva. Nunca la he tomado a broma, dicho sea de paso. Tras las recetas familiares, heredadas de generación en generación, se esconde, evidentemente, una experiencia acumulada y acentrada a lo largo de siglos. No nos engañemos: las cataplasmas y los brebajes del repertorio doméstico no son invenciones inocentes. Serán, sí, rudimentarias: pero ésta es otra cuestión. Sea como fuere, la tentación a curarse a sí mismo debe de haber sido siempre muy fuerte, para el enfermo módico y valeroso.

Hoy día, esta situación queda bastante agravada. Quiero decir que la referida tentación se hace más aguda y fácil. Hemos llegado a un punto en que ciertas especialidades de la farmacopea se han incorporado al juego «normal» de una economía de mercado, y se convierten en mercancía objeto de publicidad. Esta circunstancia, creo, es totalmente nueva. Hasta

ahora, el comercio de fármacos se había desarrollado en un plano indiscutiblemente singular: entre el expendedor — con el fabricante detrás — y el cliente existía la habitual y hasta preceptiva mediación reguladora del médico. Todavía para la mayor parte de los medicamentos decisivos continúa en vigor ese mecanismo: las enfermedades serias, por la cuenta que nos tiene, solemos ponerlas bajo la asistencia y el consejo de un galeno de confianza.

## JUAN FUSTER

Pero las molestias de tono menor, aquellas que antes dejábamos de cuidar o cuidábamos con fórmulas caseras, hoy caen dentro de la órbita de la publicidad. Desde la prensa, la radio y cuantos medios de difusión utiliza la propaganda, se nos incita al consumo de una considerable variedad de específicos cuyo poder curativo nos llega ponderado con eficaces sugerencias verbales y plásticas. La invitación es palmaria: cúrese usted mismo. ¿Y quién se resistirá a hacer la prueba?

A esto se le llama «automedicación». Entre nosotros ya ha adquirido cierta difusión, como es lógico. En países más industrializados — en último término, todo es cuestión de industria — la cosa ofrece unas perspectivas tan fabulosas, que los responsables de la salud pública han empezado a alarmarse. La alarma, desde luego, no ha sido suscitada por los analgésicos corrientes, los antihemorroides candorosos o los «cortarresfriados» fulminantes. Al parecer, esta clase de productos, en el peor de los casos, sólo son inofensivos. Pero en algunos sitios la propaganda de otros medicamentos de uso más delicado se hace con el mismo desparpajo con que se haría propaganda de una nevera o de unas medias de señora. El enfermo, real o presunto, se ve sometido a la presión psicológica de una publicidad metódicamente perfecta, y no vacila en «automedicarse» a tenor de las sugerencias del anuncio. Los riesgos que ello implica son obvios. Médicos y sociólogos se han ocupado del asunto, y por lo que sé, con bastante inquietud. Se comprende. La mayoría de los específicos aludidos no pasan de ser calmantes o estimulantes en mil formas posibles. Un enfermo auténtico puede administrarse una píocima o una píldorita de éstas, por ejemplo, y «atenuar», «desfigurar» o «eliminar» los síntomas o los efectos más superficiales de su dolencia, con el consiguiente peligro de que el mal así disimulado siga su camino, quizá de manera irreparable.

Confieso que yo he intentado curar mi indisposición con pastillas de esas que anuncian los periódicos. No puedo lamentarlo. Más o menos, voy superando la crisis. Personas sensatas me aseguran que contra los resfriados no hay remedio cierto: tienen un ciclo determinado y lo cumplen, sin que, de momento, los hombres de ciencia hayan logrado descubrir el procedimiento de curarlos. No sé. Tal vez mi obligación de individuo medianamente razonable era llamar al médico. La poca o mucha medicina que él sepa, siempre será sensiblemente mayor que la que yo — con la ayuda de la publicidad ajena — sé. Tal vez habría salido ganando. La prudencia es todavía una virtud cardinal que merece ser practicada...